

## LA EDICIÓN DE UN ROMANCERO AMERICANO

AURELIO GONZÁLEZ

(El Colegio de México)

### RESUMEN

Al hablar de un Romancero nos referimos a la construcción de un corpus pues cuando se han recogido versiones de la tradición oral (hoy o hace siglos) permanecen en el depósito de la escritura en distintas formas y con diferentes funciones, por ello, como conjunto, es una construcción.

Bajo la denominación Romancero en América o Romancero americano podemos estar abarcando más de quinientos años de desarrollo cultural y más de cuarenta millones de kilómetros cuadrados de extensión y veinte países hispanohablantes. Sin embargo, hay razones para considerar que es una realidad en el ámbito del Romancero hispánico y que tiene sentido su identificación como tal.

Entre los problemas para su construcción están lo poco estudiado del género en América, la dificultad de ubicar los textos romancísticos, la disparidad de criterios en la recolección, la falta de ediciones rigurosas, la inestabilidad de muchos de los criterios de transcripción y la diversidad de tipos de recolecciones (personales, coyunturales o de gran envergadura).

Aspectos que no debe ignorar un Romancero de América son criterios rigurosos que puedan garantizar las lecturas, la presencia de romances “criollos” (compuestos localmente siguiendo el modelo del Romancero tradicional), incluir las zonas fronterizas de la tradición, textos de pliego oralizados y las presencias librescas, tipos y temas mayoritarios, pero también los minoritarios. Un conjunto con estos criterios permitiría la caracterización de una tradición americana y la incorporación del género romancístico a las historiografías literarias nacionales.

**PALABRAS CLAVE:** Romancero; Romances; Tradición oral; América; Edición de textos; Criterios de edición.

### ABSTRACT

When we speak of a “Romancero” we refer to the construction of a *corpus*, because when are recollected versions of oral tradition (now a day or centuries ago), these texts are deposited in written form in different supports with different functions, in this sense, as group, is a construction.

Under the denomination Romancero in America or American Romancero, we are including five hundred years of cultural developing and more than forty millions of square kilometers and twenty Spanish-speaking countries. But, there are reasons to consider that this denomination is a reality in the context of the Hispanic Romancero and is important his identification as a set.

As problems to do this construction are the limited studies of this literary genre in America, the difficulty locating the romancístico text, the existence of different recollection criteria, the absence of rigorous editions, the variation of many of the transcription’s norm’s y and the diverse types of recollection (personals, circumstantial or national).

A Romancero de America must have rigorous criteria that can guarantee the interpretation of texts, the presence of Creole ballads (composed locally following the model of traditional Romancero); include border areas of the tradition, broadsheet texts, bookish presences, and the most diffused themes and types, but also those that are minority. A collection with these criteria will characterize an American tradition and allow the incorporation of the romancístico gender to the national literary historiography.

**KEYWORDS:** Romancero; Spanish Ballad; Oral Tradition; America; Text's edition; Editorial Criteria.

Al hablar del Romancero nos estamos remitiendo en realidad a la construcción de un corpus pues por su propia naturaleza el conjunto de romances o vive en la memoria colectiva o cuando se ha recogido de la tradición oral (hoy o hace siglos) permanece en el depósito de la escritura dispersa en distintas formas y con diferentes funciones y por lo tanto como conjunto es una construcción. Ya Martín Nucio en el siglo XVI al reunir las versiones que circulaban en pliegos o en la tradición oral lo que trata es de editar un corpus (además de interesante vendible) y así es como se generan sus *Cancioneros de romances*. A lo largo del tiempo ha sido una constante la creación de *corpora* de romances con un objetivo editorial y comercial, el cual no necesariamente es contradictorio con la constitución de un corpus, esto es de un Romancero, para su conocimiento, estudio y preservación.

De esta forma tenemos un buen número de “romanceros” que tienen como referencia desde lo local o regional hasta lo temático y un tratamiento académico con rigor científico o simplemente de orgullo local. Podemos hablar de un ‘romancero viejo’, de un romancero pastoril o morisco, de un romancero vulgar, de un romancero asturiano, sefardí o tradicional, de un ‘romancero gitano’ o de un romancero infantil, pero también hablamos de un ‘romancero americano’ o de América, a pesar de que bajo esa denominación podemos estar abarcando más de quinientos años de desarrollo cultural a partir de la presencia europea en el Nuevo Mundo y más de cuarenta millones de kilómetros cuadrados de extensión y veinte países hispanohablantes. Sin embargo, a pesar de esta desmesura, hay razones para considerar que esta visión de conjunto es una realidad en el ámbito del Romancero (tradicional o no) y que tiene sentido su identificación como tal.

Menéndez Pidal consideraba que se podía “decir con seguridad que un copioso romancero pasó a América en la memoria de aquellos que tripulaban las naves descubridoras y en el recuerdo de cuantos después allá fueron” (1968: 226). Tomando en cuenta la popularidad del género en aquel momento y su difusión por la imprenta, es claro que el género romancístico estuviera en los labios y la mente de los españoles de la época y por tanto acompañara a los navegantes, misioneros, exploradores, soldados y funcionarios al Nuevo Mundo como parte de su acervo cultural tradicional, pues los versos de los romances reflejan y reflejaban los valores de la comunidad, además de contener historias fascinantes y ejemplos de vida desde el mundo de la ficción. Por otra parte, los hombres y mujeres que los cantaban lo hacían de manera natural, con la tranquilidad del saber no aprendido. Pero además los romances llegaron al Nuevo Mundo impresos en forma de pliegos sueltos y cancioneros muy variados. Las crónicas de Indias nos dan testimonio de la presencia del género en la vida cotidiana y en las acciones de aquellos hombres. La realidad es que desde entonces los romances forman parte de la cultura americana y son el germen de nuevos textos y géneros locales, pero no siempre se ubican en la historiografía literaria.

Ya en 1992 Ana Valenciano (1992: 145-164) hablaba de lo poco estudiado que estaba el género en América y de la dificultad de ubicar los textos romancísticos en las distintas visiones historiográficas de la literatura hispanoamericana. A pesar de estas limitaciones e imprecisiones, el concepto de ‘Romancero de América’ o ‘Romancero americano’ ya tiene mucho tiempo de rodar por el mundo académico. Así, al despuntar el siglo pasado, en 1906, Menéndez Pidal ya publica en la revista *Cultura Española* (1906: 72-111), con el nombre de “Los Romances tradicionales de América”, una serie de textos tradicionales provenientes de ese continente, misma serie que con algunos cambios siguió publicando años después y que por lo tanto seguía considerando válida.<sup>1</sup>

También es un hecho, debido a múltiples razones e intereses locales, amplitud geográfica de muchos países y escasez de medios, que el trabajo de recolección del Romancero tradicional ha sido disperso, irregular y poco frecuente, y en ocasiones meramente coyuntural, pero a pesar de esto el acervo romancístico americano que disponemos hoy en día rebasa ampliamente el par de miles de versiones de más de medio centenar de romances.

Como es bien sabido, fue el impulso de Menéndez Pidal el que provocó el interés por la recolección de romances en el continente americano y en esto tuvo mucho que ver su tantas veces comentado viaje a América por motivos diplomáticos (litigio por límites entre Ecuador y Perú) en 1905. Pero ya desde los primeros textos recogidos en el Nuevo Mundo se apuntan algunos de los problemas que presenta el conjunto de versiones americanas para poder editar un Romancero del continente. “Con aquel viaje de 1905 la colección Menéndez Pidal del Romancero se abría a un nuevo Continente y hasta las costas de un nuevo Océano. Al regresar de su viaje al hemisferio sur, Ramón Menéndez Pidal informaría a la erudición sobre sus hallazgos americanos”<sup>2</sup> en el artículo antes citado.

Antes de seguir tal vez sea oportuno hacerse una pregunta ¿qué tipo de Romancero de conjunto se puede o debe elaborar hoy en día? ¿Es más conveniente la edición de un libro con criterios de selección sólidos, rigor editorial y estudio y análisis incluido? ¿Sería mejor una base de datos electrónica exhaustiva? La respuesta está obviamente relacionada con un objetivo. Si lo que se pretende es integrar el Romancero en el ámbito de la literatura hispanoamericana en general, valorar su sentido e impulsar nuevos rescates o recolecciones, me parece que una base de datos electrónica no logra este objetivo, pues es un depósito, muy accesible pero al que sólo acudirían estudiosos del campo de la tradición o del género baladístico. En cambio un volumen impreso con rigor puede alcanzar más fácilmente el objetivo antes mencionado. En esta línea es que me parece que tiene sentido la elaboración de un romancero de América que se pueda poner –en cuanto al lugar que ocupa en la literatura hispánica– en el nivel de las selecciones del romancero viejo.

Volviendo a las cuestiones que habría que tomar en cuenta y a las dificultades que habría que solventar sobre un romancero americano, hay que recordar que las primeras noticias sobre el Romancero tradicional en América datan del siglo XIX tal como se lo

<sup>1</sup> Publicada después con algunos cambios en *El Romancero: teorías e investigaciones* (1928: 101-183) y en *Los romances de América y otros estudios* (1939: 13-46).

<sup>2</sup> Sin embargo, “Las poesías romancescas que le comunicó ‘el viajero español’ Ciro Bayo y que Menéndez Pidal se creyó obligado a incluir en su trabajo de *Cultura Española*, I, pp. 104-106 y 108-111, son creaciones de un poeta no popular, que para nada interesan al estudio del romancero tradicional. Ciro Bayo había anteriormente publicado [...] tres textos realmente tradicionales: una versión de *Las señas del marido* (é) de Tucumán (Argentina), otra del *Conde Niño* de Santa Cruz de la Sierra (Bolivia) y una adaptación de *No me entierren en sagrado*” (Catalán 2001. Consultado en línea [cuestadelzarzal.blogia.com](http://cuestadelzarzal.blogia.com))

comenta el filólogo colombiano Rufino José Cuervo a Menéndez Pidal en una carta (París, 4 de junio de 1906) donde le cuenta de su encuentro con un extraordinario recitador de romances, de lo cual ya había dado noticia en un artículo de 1874 (1874: 225).

Hará unos cuarenta años (!) que en una excursión por el Valle de Tensa, región muy feraz y pintoresca, 25 o treinta leguas al nordeste de Bogotá, tropecé con un señor llamado D. Manuel González, en cuya casa estuve un buen rato y luego viajé con él algunas horas [...] pero lo que verdaderamente me llamó la atención fueron los romances históricos, entre ellos los de los Infantes de Lara y los de Bernardo del Carpió, que él llamaba *Bernardino Alcarpio*. Como yo no tenía el texto ni lo sabía de memoria, sólo puedo acordarme de que la versión tenía trazas de bien añejo (Martínez 1968: 461-462).

Menéndez Pidal, algunos años después, matiza esta información en relación con la tradicionalidad de esas versiones al decir:

[...] el inculto campesino de quien Cuervo oyó recitar en masa los romances de Bernardo, de los infantes de Lara y otros históricos, era, como su padre, lector o auditor de romances impresos (1935: 23-27).

Otros primeros textos romancísticos están en la publicación antes mencionada de Ciro Bayo (1902: 43-49) sobre el romance en Sudamérica. Después en su *Romancerillo del Plata* (Madrid, 1913). Estos tres textos y otro referente a la evangelización de Santo Tomás, de dudosa tradicionalidad, serían fragmentariamente reproducidos por Ramón Menéndez Pidal en un pliego de cuatro hojas que se edita sin fecha en la Imprenta Nacional de Quito, bajo el título de “Romances populares en América”. Don Ramón se proponía con esta publicación atraer la atención de los folcloristas americanos hacia el Romancero (Valenciano 1992: 152).

Hoy en día el único Romancero americano con el que contamos es el de Mercedes Díaz Roig (1990), magnífico trabajo y el único que permite tener una idea global de la tradición romancística en América, sin embargo, tiene algunas limitaciones, en primer lugar ya tiene veinticinco años de publicado y desde entonces se han publicado otros romanceros y se han recogido más versiones, pero esto no es la mayor limitación. La destacada investigadora española afincada en México, cubrió un espectro muy amplio, sin embargo descartó el romancero infantil y el religioso y no tomó en cuenta los temas minoritarios. Por lo general, su selección de textos recoge las versiones de los tipos mayoritarios. En un sentido distinto, ya que no es un corpus de textos, mi trabajo sobre el Romancero en América (González 2003) trata de ofrecer una visión de conjunto.

El viaje de Menéndez Pidal despertó el interés por el Romancero de Julio Vicuña Cifuentes quien en 1912 publica un excelente volumen conteniendo todo tipo de romances recogidos de la oralidad, siendo mayoritarios los tradicionales, aunque incluye romances vulgares y textos de creación local sobre el modelo romancístico. En 1909, de las 84 versiones de romances de la tradición americana que Ramón Menéndez Pidal tenía ya en su Archivo, 76 eran chilenas, y, de ellas, 75 se debían a las pesquisas y envíos de Vicuña Cifuentes. La amplitud de criterio del recolector chileno no se siguió en otros lugares, lo cual habría dado

una visión más amplia al género, pues es indudable la importancia que tuvo el romance vulgar en el surgimiento de géneros baladísticos como el corrido y en la popularidad de la poesía narrativa.

La recolección romancística en Cuba nos señala algunas otras facetas de las dificultades editoriales de un romancero americano. En Cuba la recolección de romances ha empezado tarde, pero con buen éxito. Menéndez Pidal comentaba

Hace 9 años ('Cuba y América', Julio 1905) el prof. William Milwitzky (1905: 26-327) publicó por primera vez el divulgadísimo romance de *Delgadina* invitando a los cubanos a que recogiesen los restos que quedasen del romancero popular. Hoy vienen a cumplir esa misión de una parte la Srta. C. Poncet, que eligió como tesis de su discurso del Doctorado 'El Romance en Cuba', de otra parte, D. J. M. Chacón ha dedicado también sus tempranas investigaciones a esa forma popular de la poesía española. Esperamos que estos dos jóvenes sabrán interesar a otras personas en la empresa folklórica y que pronto tendremos un romancero cubano tan abundante como el chileno (Catalán 2001).

En el intercambio epistolar entre Menéndez Pidal y su esposa María Goyri, ésta hacía los siguientes comentarios ya que conocía los materiales publicados en la *Revista de la Facultad de Letras y Ciencias* de la Universidad de La Habana (1914) con algunas versiones de la tradición oral isleña y Chacón había remitido a Menéndez Pidal los trabajos e información con ellos relacionada, según explica en cartas del 10 de julio, 3 de septiembre y 10 de septiembre de 1914, dirigidas a su marido: "He escrito a Chacón, el de los romances cubanos, que te envía nuevas versiones y dice tiene tendidas las redes por muchas partes de la Isla. Te ofrece colaboración y yo le enfervorizo. Parece que hay algo de rivalidad entre él y la Srta. Poncet, pues sin hacer referencia el uno al otro, publican los mismos romances en la misma Revista. Creo que él está mejor orientado que ella. Por esta rivalidad me parece difícil hacer la reseña de estas publicaciones" (Catalán 2001). Los materiales recogidos por Chacón y Poncet han tenido varias ediciones posteriores con lo que se multiplican los testimonios en el momento de tratar de hacer una edición rigurosa y además fueron utilizados en los romanceros que podemos definir como nacionales desde el momento en que incluyen las distintas recolecciones hechas en distintos lugares y tiempos. Es el caso de los romanceros de Beatriz Mariscal (1996) y de Maximiano Trapero y Martha Esquenazi (2002). Esta situación se complica en el caso de Mariscal que incluye los textos del "Romancerillo de Entrepeñas y Villar de los Pisonés" (Poncet 1933: 286-314) que no se puede considerar que formen parte de la tradición cubana. Esto es otro aspecto que hay que considerar al hablar de un romancero cubano, pues si bien los textos y muchas versiones tienen su origen en España, en los países americanos se adaptan en mayor o menor grado, pero la recolección cuando no se ha vivido en el nuevo país de emigración no tiene mucho sentido. Así pasa con estas versiones recogidas de boca de una emigrante española, zamorana, aún sin integrarse al país.

En el caso de otros romanceros nacionales que agrupan versiones de distintos recolectores los criterios de edición y ordenamiento deben de tomarse muy en cuenta. Estos son los casos de México (Díaz Roig-González 1986) y Argentina (Chicote 2002) este con 482 versiones, además del antes mencionado de Cuba, que reúnen textos provenientes de publicaciones anteriores, en algunos casos agregando la propia (México y el romancero cubano de Trapero y Esquenazi). Un romancero reciente que abarca una amplia zona nacional es el de Beutler de Colombia (1977).

Otro problema para una edición rigurosa es la inestabilidad de muchos criterios de transcripción, puntuación y lectura de los textos recogidos, en ocasiones por ser textos coyunturales para el investigador, en otros porque provienen de encuestas de gran tamaño como la Encuesta del Magisterio realizada en Argentina en 1921 por una ley nacional e integrada como Sección de Folklore en el Instituto de Literatura Argentina en 1924, cuya parte dedicada al Romancero fue editada por Ismael Moya en 1941.

Otro aspecto que no debería ignorar el “Romancero de América” sería la presencia de romances “criollos”, esto es, textos poéticos narrativos compuestos siguiendo el modelo del romancero tradicional, que viven en la oralidad y que se cantan, en muchas ocasiones, con la música de otros romances tradicionales, tal sería el caso, en México, de *Román Castillo*. También es parte de la tradición y de la vida del romance en el continente americano. No se puede olvidar la transformación y derivación del género en países como Argentina o en México con el corrido. Hay que recordar

que lo más adecuado, por las características del género, es considerar que el corrido forma parte de ese inmenso patrimonio cultural multiforme que es la balada internacional, y que, como tal, tiene, desde sus inicios en el romancero vulgar y en el romancero tradicional, la configuración de una forma épico-lírica mixta que permite desarrollar los contenidos novelescos de amor y aventura (González 2015: 20).

Ejemplo muy claro es el romance de *Bernal Francés*, que sin dejar la historia original se convierte en el *Corrido de Elena* a partir de un texto “impreso en una hoja ilustrada de color rosa (a semejanza de los romances de ciego) con pie de imprenta (“propiedad de Eduardo A. Guerrero”) y se encabeza con el título: “*El Corrido de Doña Elena*”. Fue enviado a Menéndez Pidal por Pedro Henríquez Ureña en diciembre de 1921 y se conserva en el Archivo Menéndez Pidal” (Valenciano 1992: 162, n. 59). Es un hecho que a pesar del origen impreso de esta versión, hoy en día el romance-corrido tiene vida en la oralidad. Desde luego que en la elaboración de un corpus americano las versiones originales de los distintos colectores conservadas en el Archivo iniciado por Menéndez Pidal, podrían dar una pauta sólida para la edición de muchos materiales.

Ana Valenciano (1999: 135-159) ha señalado desde 1999 algunos de los problemas y posibilidades de investigación en relación con el Romancero en América: por ejemplo la carencia de testimonios virreinales de lo que en ese tiempo oralmente se transmitía, la falta de otra investigación similar a la de Díaz Roig, la incorporación de materiales musicales a lo que correspondería como mera tradición oral y la fragmentación de algunos Romances por su calidad de extraños.

Menéndez Pidal a lo largo de los años no dejó de interesarse en la tradición americana, fundamentalmente se centró “en el aspecto oral, aunque intenta establecer conexiones entre los romances ‘originales’ y otras variantes halladas en regiones europeas”. Creo que hoy en día hace falta una visión a un tiempo englobadora y americanista, para lo cual la preparación de un corpus con criterios claros y una perspectiva amplia sería de gran ayuda.

Para Ana Valenciano el corpus americano serviría “Para determinar las variantes autóctonas de mayor entidad (como fórmulas o motivos) privativas de la tradición hispano-americana resulta necesario comparar las versiones de cada tema en particular con las del resto de las tradiciones del Romancero pan-hispánico. Pero, antes de enfrentarse con esta labor, conviene separar los textos amañados o de probable origen libresco y distinguir

aquellas actualizaciones, por lo general recientemente importadas, que no han sufrido modificación alguna y por ello no se han incorporado al acervo literario de la cultura autóctona” (1992: 156).

Un Romancero de América debe partir de una edición rigurosa, para lo cual debe de tomar en cuenta criterios que puedan estandarizar lecturas, partir de la consulta de fuentes originales (dentro de lo posible), de muchos textos editados tomar en cuenta las distintas ediciones de versiones y sus revisiones, incluir las zonas que podríamos llamar fronterizas de la tradición como son las creaciones locales, los textos de pliego en la tradición oral y las presencias librescas; es muy importante tomar en cuenta los tipos y temas mayoritarios, pero también los minoritarios (temas y versiones) para poder tener una auténtica visión de conjunto y revisar la presencia de textos prácticamente fosilizados como pueden ser los de la tradición sefardita o algunos en contextos lingüísticos ya muy olvidados. Este conjunto permitiría entonces el reconocimiento de una tradición americana –con todas sus limitaciones– y la incorporación del género a las historiografías literarias nacionales.

#### BIBLIOGRAFÍA CITADA

- BAYO, Ciro, “La poesía popular en la América del Sur”, *Revista de Archivos, Bibliotecas y Museos*, 6 (1902), pp. 43-49.
- BAYO, Ciro, *Romancerillo del Plata*, Madrid, Victoriano Suárez, 1913.
- BEUTLER, Gisela, *Estudios sobre el Romancero español en Colombia*, Bogotá, Instituto Caro y Cuervo, 1977.
- CATALÁN, Diego, “El archivo del Romancero, patrimonio de la humanidad. Historia documentada de un siglo de historia”, (2001) en *El Romancero de la Cuesta del Zarzal*, Consultado en línea <cuestadelzarzal.blogia.com>
- CHACÓN, José María, “Romances tradicionales en Cuba (Contribución al estudio del Folklore Cubano)”, *Revista de la Facultad de Letras y Ciencias*, XVIII (1914), pp. 45-121.
- CHICOTE, Gloria, *Romancero tradicional argentino*, London: University of London, 2002.
- CUERVO, José Rufino, *Anuario de la Academia Colombiana*, I (1874).
- DÍAZ ROIG, Mercedes y Aurelio GONZÁLEZ, *Romancero tradicional de México*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1986.
- DÍAZ ROIG, Mercedes, *Romancero tradicional de América*, México, El Colegio de México, 1990.
- GONZÁLEZ, Aurelio, *El Romancero en América*, Madrid, Síntesis, 2003.
- GONZÁLEZ, Aurelio, *El corrido. Construcción poética*, San Luis Potosí, El Colegio de San Luis, 2015.
- MARISCAL, Beatriz, *Romancero general de Cuba*, México, El Colegio de México, 1996.
- MARTÍNEZ, Fernando Antonio, “Ramón Menéndez Pidal y Rufino José Cuervo. Correspondencia epistolar”, *Thesaurus. Boletín del Instituto Caro y Cuervo*, XXIII-3 (1968), pp. 417-479.
- MENÉNDEZ PIDAL, Ramón, “Los Romances tradicionales de América”, *Cultura Española*, 1 (febrero 1906), pp. 72-111.
- MENÉNDEZ PIDAL, Ramón, *El Romancero: teorías e investigaciones*, Madrid, Páez, 1928, pp. 101-183.

- MENÉNDEZ PIDAL, Ramón, “Las primeras noticias de romances tradicionales en América [y especialmente en Colombia]”, *Homenaje a Enrique José Varona*, La Habana, Dirección de Cultura de la Secretaría de Educación, 1935, pp. 23-27. Reimpreso en *Revista Cubana*, I:1 (1935), pp. 8-13.
- MENÉNDEZ PIDAL, Ramón, *Los romances de América y otros estudios*, Madrid, Espasa-Calpe, 1939, pp. 13-46.
- MENÉNDEZ PIDAL, Ramón, *Romancero hispánico. Teoría e historia*, 2 vols., Madrid, Espasa-Calpe, 1968.
- MILWITZKY, William, “El viajero filólogo y la antigua España”, *Cuba y América*, 19:17 (1905), pp. 260-327.
- MOYA, Ismael, *Romancero. Estudios sobre materiales de la colección de folklore*, 2 vols., Buenos Aires, Universidad de Buenos Aires, 1941.
- PONCET, Carolina, “El romance en Cuba. Consideraciones sobre la poesía popular cubana”, *Revista de la Facultad de Letras y Ciencias*, XVIII (1914), pp. 180-260 y 278-321.
- PONCET, Carolina, “Romancerillo de Entrepeñas y Villar de los Pisones”, *Revue Hispanique*, 58 (1933), pp. 286-314.
- TRAPERO, Maximiano y Martha ESQUENAZI PÉREZ, *Romancero tradicional y general de Cuba*, Madrid, Gobierno de Canarias-Centro de Investigación y Desarrollo de la Cultura Cubana “Juan Marinello”, 2002.
- VALENCIANO, Ana, “El Romancero tradicional en la América de habla hispana”, *Anales de Literatura Hispanoamericana*, 21 (1992), pp. 145-164.
- VALENCIANO, Ana, “Un camino para la investigación del Romancero, La tradición hispanoamericana”, *Incipit*, 19 (1999), pp. 135-159.
- VICUÑA CIFUENTES, Julio, *Romances populares y vulgares recogidos de la tradición oral chilena*, Santiago de Chile, Biblioteca de Escritores de Chile, 1.